

Homenaje en el aniversario de Luis de Góngora

* * *

Por Fernando SERRANO

Vengo de la campiña y traigo en mis alforjas la palabra del trigo y de la tierra, la palabra del viento y las palomas, la palabra del sueño y la esperanza. Traigo también la voz de esos hombres, artesanos del verso, viejos vendimiadores, poetas ocultos en su dulce retiro que en las tardes tranquilas, cuando el aire huele a paja o trigo o sementera, desgranar con su voz a íntimos amigos los últimos poemas salidos de sus manos. Poetas olvidados, ignorados de todos que, en recónditos lugares de nuestra geografía cordobesa, mantienen encendida la antorcha de la poesía, hombres que todo lo entregan a esta noble tarea de plasmar, sobre lienzos de papel y de ensueño, recuerdos y añoranzas, de dibujar despacio toda la sabiduría que la tierra nos brinda. Porque ¿qué es mi poesía comparada con la de quien hoy homenajeamos? Por eso quiero que sea mi voz, la voz de aquellos locos que luchan por un nada en su besana, por eso he cogido mis aperos, mi alforja y mi esperanza y me he venido a vosotros.

Es curioso comprobar cómo casi todo en esta vida está centralizado. El otro día lei en la prensa que se había creado el «Aula de Poesía Cordobesa». Me imagino que todos los poetas que la componen son o al menos residen en la capital. Se decía que este aula traería poetas de renombre a Córdoba, que se publicarían libros, se daría recitales. Felicito a los componentes y al ayuntamiento que creo será el que subvencione a este grupo, pero como poeta de pueblo no puede sino sentirme, como otros tantos, defraudado y desde aquí lanzo una nueva idea. ¿Por qué no crear un aula ambulante de poesía? ¡Qué hermoso sería el que en estas campañas culturales que organizan entidades e instituciones estuviese presente la voz de los poetas! Que los poetas cordobeses saliesen a los pueblos a decir sus poemas, a conocer a otros poetas. La gente de los pueblos es inteligente y sabe captar la hermosura, la belleza y la calidad donde la hay. ¡Qué maravilloso que alguien se acordase de publicar libros de estos poetas, que supongo habrá en todos los

rincones de nuestra provincia como los hay en mi pueblo, en Fernán-Núñez. Modestamente diré que con nuestros escasos medios hemos luchado y luchamos por acercar la poesía a todos. Hemos publicado algunos libros de poetas locales, hemos remitido a periódicos cordobeses reseñas y críticas sobre libros de poetas cordobeses con el fin de acercarlos cada vez más a sus lectores. En nuestra revista de feria que imagino conocerán muchos de los presentes hemos homenajeado a aquellos hombres nacidos en nuestra tierra «que son gala del mundo» como decía Pepe de Miguel y que inexplicablemente publican sus libros sin que casi nadie les dedique la atención que se merecen.

Preguntado en una reciente entrevista Pablo García Baena sobre la influencia de «Cántico» en la poesía cordobesa dijo: «La influencia de «Cántico» ha sido mayor a nivel nacional que a nivel local. En Córdoba no se suelen recoger los frutos primeros de sus hijos. Córdoba es como un espejo que recoge lo que viene de fuera, y como una madre arrepentida que acoge a sus hijos cuando vienen de vuelta. En Córdoba, añade, no hay lo que llamamos profetas en su tierra». Es triste pero es la realidad ¡Cuántos poetas cordobeses viven dentro o fuera de nuestra provincia olvidados de nosotros! ¿Quién se acordó en los últimos años del Grupo Cántico, por citar un ejemplo? Ahora, «cuando vienen de vuelta» todos los aplaudimos cuando quizás ya sea demasiado tarde. Y los jóvenes ¿cometeremos con ellos el mismo error que cometimos con los anteriores?

Se me ha dicho que hable de mi poesía pero siempre he creído que es más importante para un poeta hablar y defender a los otros poetas, no hablar de su poesía sino de la Poesía con mayúscula, ser la voz de la poesía y de todos los poetas. Nunca llegaremos a nada si entre todos no luchamos a una para colocarla en el lugar que justamente le corresponde.

No obstante diré algo sobre ella y recitaré algunos de mis poemas. Mi poesía como es natural halla su motivación en la tierra, el ambiente rural, el descontento y olvido del que antes hablé, el sueño, el recuerdo y, sobre todo, el amor y la esperanza. El primer poema es de un libro, inédito como casi todos los míos, y titulado «Caminos sobre la mar». Se titula el poema «Carta de un poeta solo»:

Mi mar era otro mar.

Eran mis olas

viento sobre la frágil
impotencia de espigas, verde espuma.
Aquí crecí, mis ojos se llenaron
de esta hermosura cruel, de esta belleza
herida a cada instante por la dura
obstinación del agua.

Yo añoraba

ese mar de vosotros, ese inmenso
poema que leí cada día
en libros y revistas que me hablaban
de una esperanza nueva.

Como un olivo viejo retorció
 mi propia soledad hasta llenarme
 de rabia la garganta.
 Y el corazón, dolido, se encallaba
 en su propio silencio, en su abandono.
 Amé y sigo amando desesperadamente
 estas viejas raíces que otras razas antiguas
 dejaron enterradas.
 Pero el mar está lejos, invisible,
 y quiero desnudarme para cuando lleguéis,
 que me encontréis descalzo, con la luz encendida.
 Y juntos volaremos, con los ojos cerrados,
 que sea el viento al fin
 el que marque y guíe los destinos.

Todo el libro gira en torno a la poesía y los poetas. Como este poema titulado «Esperanza» sobre el verso «pero lo nuestro es pasar» de Antonio Machado, y que retrata lo que para mí debe ser un poeta:

Oscura sombra entre las multitudes,
 efímera existencia del poeta,
 cantor oculto entre los densos álamos
 de la verde alameda.
 Pasar entre los hombres sin ser nada,
 un eco solamente que se queda
 anónimo en oídos que lo ignoran,
 vagabundo en la niebla.
 Caminos sobre el mar que nada sabe:
 olvida el mar los nombres y las sendas,
 pero quizás una tarde en sus olas
 nuestra voz nos devuelva.
 Es lo nuestro pasar sin importarnos
 si en la arena perduran nuestras huellas.
 Algunas quedarán de otros que fueron
 por la misma vereda.
 Nuestro destino andar por un sendero
 que otros hombres no ven, en la certeza
 de que mañana todos los caminos
 irán a las estrellas.

De otro libro titulado «Luz de mis ojos» y que está enteramente dedicado a los ojos de mi madre, que desgraciadamente van perdiendo su luz, voy a recitaros una, retrato fiel de muchas madres de pueblo, en aquellos años difíciles de nuestra niñez y juventud:

Sufrir era el oficio
 de las madres antiguas.
 Y trabajar la droga
 contra el dolor y el llanto.

Indescriptible el llanto.

El corazón

una amapola herida, enjaulada en el fondo
de la tierra sedienta.

Y se alejó la barca llevándote en sus brazos
como cuando eras niña y tu madre besaba
tu cuerpo diminuto.

Abrimos la ventana

y no sabíamos qué hacer con tanta lágrima.

Alguien miró hacia el cielo.

Un nuevo sol brillaba

de un día para tí ya imposible.

Y nos cegó los ojos la fuerza de su luz.

Todo seguía igual.

Nada cambiaba.

La tierra, los trabajos del campo, el ambiente, se mezclan en los poemas. Los que vienen a continuación son todos del último libro escrito y titulado «Si preguntáis por mí», libro biográfico o al menos motivado por recuerdos de mi niñez y juventud. El primero se titula «Canto de la amante»:

Como la reja del arado rompe
el seno de la tierra hasta dejarlo
suave como un vientre acariciado
por unas manos rudas,

así tú

ahondas en mi cuerpo y se derrite
mi voz entre un sudor de niebla y humo.
Como el labriego aprieta en el arado
buscando la humedad, que hay en el fondo
de la tierra reseca,

me penetras

y escarbas en mi cuerpo.

Y la semilla

arrojas en el surco
con la misma ternura
con que la mano deja
el grano en las entrañas, en el vientre
de esta tierra que amas.

Otro poema, «Amor furtivo», ambientando y recordando aquellos tiempos en los que con mi padre y mis hermanos pasaba los largos inviernos lluviosos en el campo:

En tus brazos abiertos encontré la locura
y un éxtasis sentí cuando te tuve cerca.
Enero acariciaba con sus húmedas manos
las formas de tu cuerpo.

En silencio te amaba.

Aquella alcoba gris de los primeros años,
 con su oscuras mantas, catre destartado,
 sin sábanas, tendidos sobre una dura «jalda»
 de rastros que avivan la sed de quien desea.
 Un candil dibujaba los cuerpos sobre el fondo
 de cal de las paredes. Un tic-tac enjaulado
 imitaba el latido de nuestro loco anhelo.
 Llovía sobre el campo, llovía sobre el mundo,
 sobre tu cuerpo tierno, sobre mi loca fiebre.
 Todo quedó dormido.

Te fuiste de mi lado.

Los otros ignoraban mi loco amor furtivo.

O el poema titulado «Amor de una mirada», ambientado en aquella época no muy lejana cuando la mayoría de los amores de los jóvenes surgían bajo las bóvedas de nuestras iglesias:

El cura repartía latines y *dominus vobiscum*
 flanqueado por cirios, de luz amarillenta.
 En la banca del fondo, oculto en la penumbra,
 me sentaba y miraba tus manos que acarician
 un misal desgastado de falsas oraciones.
 Todos eran ajenos al amor de tus ojos,
 el amor de mis ojos, amor de una mirada.
 Eran los tiempos tiernos en que amar era sólo
 encontrarse en la calle y enmudecer de miedo
 al rozarnos apenas en la pila bendita
 donde el agua rompía el hechizo del sueño.
 No sé si hablé contigo, ni sé si existes
 o fue alucinación de inciensos y dorados
 barrocos que anulaban mi realidad de niño.
 Ya casi nada importa porque los años hieren
 y sólo los retablos barrocos que observaban
 permanecen inmunes al paso de los días.

Como buen cordobés, la sátira y la anécdota también están reflejadas en mis poemas, como el titulado «Niños cantores» que narra la historia de..., bueno mejor es que lo diga el propio poema:

El cura pellizcón
 amigo de los tiernos
 muchachitos cantores.
 Cada cantor tenía
 las piernas empedradas
 de azules moretones.
 Aquel cura tenía
 más poder en sus manos
 que todo el Vaticano.
 Cardenales había,

sin capelo, montones
salidos de sus manos.

O este otro sobre un accidente que tuve siendo niño y que se titula «Carretas del Paseo»:

Carretas del Paseo,
del «Taller de la Viuda»,
veleros de seco
sin aguas y sin remos.
Por mástil va la lanza,
las varas por cañones
y una tropa de gritos
luchando contra nada.
La lanza apunta al cielo.
Desde abajo les grito
y suben mis valientes.
Se inclina la carreta,
un pie pequeño oprimo,
machaca. Lloro, grito.
Diez días sin zapatos,
sin juegos, y en la cama.

El poeta, casi siempre, ha sido un ser extraño en sus aficiones y en sus juegos. Creo que es una constante que se repite en muchos poetas, como en este poema titulado «El cazador de estrellas»:

Con aquel tirador que te hiciera el abuelo
apuntabas al cielo, a una lejana estrella
mientras los otros niños mataban gorriones.
Porque tú eras distinto. No te gustaba el fútbol.
Revestido con viejos ropajes de tu hermana,
sobre un altar con flores y formas de papel,
ante feligresía de niñas embobadas
repetías los gestos del cura y sus latines.
Y los niños vecinos se reían de ti.
Nadie te comprendía. Las tardes de verano,
ante gran auditorio de niños y mayores,
se descorría el telón, tendedero del patio,
sábana por cortina, tarima en escenario,
y nos representabas tu última comedia.
Nadie te comprendía. Todos decían
que tú eras distinto...
pero sólo soñabas.
Hoy sigues persiguiendo estrellas en el cielo
y nadie te comprende.

(Pero me da lo mismo).

No quiero extenderme más pues la jornada poética de hoy promete ser

agotadora y emotiva ya que este acto no es sino el prelude de otro en el que se hará justicia a un poeta de nuestros días, a Pablo García Baena. Homenaje que espero se repita en la persona de otros poetas que, en justicia, también se lo merecen. Por ello, y para terminar, cómo no recitaros uno de mis sonetos dedicados a Córdoba, a esta Córdoba tan ingrata con sus hijos pero tan mimada y adorada por todos. A esta Córdoba musa y raíz de nuestra cultura. Esta Córdoba que un día cantara Luis de Góngora y que tantos y tantos poetas han cantado también.

Te coronan encinas y romeros,
adelfas te rodean la cintura
y un ancho cinturón de plata pura
te ciñe de frescor. Cinco luceros
en las noches oscuras, candeleros
que dan realce y fuerza a tu figura.
Con delicado aroma y con ternura
perfuman tus callejas limoneros.
A tus pies, ancho campo de espigas,
la campiña se extiende dulcemente
salpicada de verdes girasoles.
Y para descansar de tus fatigas
te posas en tu sierra mansamente
arropada de vientos y de soles.

Ojalá que estas breves palabras sirvan para que todos tomemos conciencia de que en nuestras manos está el futuro de la poesía. Que todos, organismos, instituciones y poetas formemos un frente común e itinerante para acercar la poesía a todos los rincones de nuestra provincia. Que nuestra voz vuele, mensajera de paz y de esperanza, pues para mí esa es una de las tareas fundamentales de nuestro quehacer, tarea a la que hace tiempo me entregué y a la que seguiré entregado, con la ayuda de Dios, mientras arda la voz en mi garganta.